

VIII CONGRESO DE PSICOANÁLISIS ARGENTINO

Sección 1. Teoría y técnica.

Título: ACERCA DE LA GÉNESIS DE LA NECESIDAD DE PODER

Autor: **Félix Giménez Noble**. Médico. Miembro Titular en función didáctica de APA.

Sinclair 2935, Cap. Fed. TE 4773-4686; *felixnoble@argentina.com*

El ser humano necesita respirar, ponerse en pie, y enfrentar el mundo al que ha sido arrojado. En apariencia, las fuerzas para cumplir esos designios parecen extraídas de lo más profundo del alma. Sin embargo el psicoanálisis ha ido corrigiendo esa apreciación hasta invertirla por completo. Mientras la realidad nos revela la incapacidad de procurarnos activamente muchos de nuestros recursos, nos descubrimos 'siendo vividos' por poderes que no podemos dominar. Es que son los que nos han precedido en la vida los que deciden por nosotros; aquellos que –al morir- han engendrado una pulsión de retorno al seno de la vida. 'Ellos' nos habitan desde su haber dejado de existir, instalándose en nosotros como transferencias que nos dan la ilusión de estar haciendo lo que deseamos. Freud lo reveló en 1923: "Así como al jinete, si quiere permanecer sobre el caballo, a menudo no le queda otro remedio que conducirlo adonde éste quiere ir, también el yo suele trasponer en acción la voluntad del ello **como si fuera** la suya propia".

A partir de ese punto de vista, el interés por los orígenes de la necesidad de poder debe dirigirse, precisamente, a las fuerzas inasibles del hombre de las que el mismo hombre no puede adueñarse. Porque en el alma, la fuerza de insistir en pos de un fin es patrimonio del ello. Su poder "ingobernable" se debe a esa condición de "indiscernido" e "inconciente", siendo justamente dicha cualidad lo que engendra lo que reconocemos como necesidad. Lo pulsional-ello resulta empuje en procura de lo que no hay; es la búsqueda de una forma afectada por los

límites que imponen el tiempo y el espacio (la metáfora que mejor alude a esta búsqueda es el objeto). El ello necesita *poder*, poder ocupar el objeto, aspiración que podría catalogarse de nivel máximo. Pero a sus mediadoras, las pulsiones, 'les resulta indistinto' el destino de las investiduras. Económicamente hablando, que la pulsión se vea fijada a una represión, o transfiera la perentoriedad sobre su propia fuente somática creando una enfermedad, o devenga compulsión incoercible, lo mismo da. El yo podrá juzgar insatisfactorios esos derroteros pulsionales. Pero son justamente esos modos 'incompletos' de alivio de las necesidades del ello los que mejor translucen el afán del alma por cobrar alguna clase de formalización aún a costa del propio individuo: la locura 'erótica', el masoquismo y las resoluciones trágicas representan solamente algunas de ellas.

Si el ello triunfa en ocupar el objeto, se asegura el desembarco en el yo, participando en la configuración de una parte destacada del mismo, que es su carácter.

Hemos esbozado así una conjetura sobre la génesis de la necesidad de poder, considerando la muerte y la desaparición del objeto como el acerbo y fortalecimiento del yacimiento pulsional fuente de la insistencia, 'muertos' del yo, que cobran 'vida' en la filogenia al buscar el dominio del mundo mediante los procesos de investidura.

Las investiduras son acción y efecto de la necesidad pulsional: la pulsión tiene que invertir, siendo quizá ésa, la primera de las demostraciones de poder. Las investiduras son la manera en que el ello se hace del objeto y 'hace' al objeto, resultando así, el medio por el cual el ello le traduce a cada yo el mundo exterior. Esa 'realidad-ello' también contribuye a configurar al propio yo. "El carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones

de objeto” (Freud, 1923). Así, el robar, traicionar, mentir o matar, pasan a ser parte del hombre, cuya naturaleza, es fundamentalmente transgresora.

Según ésta hipótesis, el hombre tendrá que ‘poder’, como consecuencia de ‘haber sido podido’. En esa ‘reacomodación’ la adecuación que presta el yo a las necesidades del ello produce, a menudo, resoluciones inestables.. Hasta el cumplimiento del yo con su propio ideal puede encubrir la necesidad de la especie. El análisis del “Hombre de los Lobos“ le hizo pensar a Freud que “...la represión sería el regreso a eso instintivo, núcleo de lo inconciente... que quizá en todas las personas conserva la fuerza suficiente para atraer hacia sí los procesos anímicos superiores.”

Las relaciones entre el ‘querer-poder alcanzar’ de la pulsión y la necesidad de contar con un objeto llevarían a la generalización de que toda pulsión sexual es una pulsión de dominio y viceversa, que el ejercicio del poder va siempre a la búsqueda de la satisfacción sexual. Más, ¿Cómo es la intimidad de esos procesos y cuáles las fuerzas que los regulan? Las ‘pulsiones-ello’ indiscernidas y pendientes de fijación se esfuerzan en pos de formalizarse según los *schema* congénitos por vía filogenética (parricidio, celos trágicos, e incesto) y resultan indiferenciables de los traumas fundamentales. ‘Triunfos fatales’ e injurias vitales; tal la mezcla. En palabra de Freud: “...También lo reprimido confluye con el ello, no es más que una parte del ello”. Así, estos ‘muertos del antes del yo’ (‘triumfos fatales’ en correspondencia con ‘los crímenes de otra época’) y los ‘muertos del ayer del yo’ (frustraciones secundarias correspondientes a las afrentas y consecuentes ‘crímenes cometidos en la infancia’), se aúnan potenciándose como demonios vengativos buscando, en esas transferencias que van configurando al ‘poder’, solución y satisfacción. La necesidad de esas transferencias revela el influjo de frustraciones. Así como al nacer hemos engendrado una pulsión de regreso al seno materno (la necesidad de dormir), ‘lo perdido’ del alma insiste en procura de

existencia; por haber sido desalojados del seno de la vida, los 'muertos' necesitan retornar. Tales los testimonios del poder pulsional.

La filogenia es un sedimento de las vicisitudes edípicas del incesto más o menos realizado y sus consecuencias, “unos precipitados de la historia de la cultura humana” (Freud, 1918[1914]). La necesidad de poder se instala a punto de partida del ello y desde lo reprimido del yo. Las condiciones eróticas que ‘guían’ la búsqueda de dominio translucen la presencia de estas vías. Como nuestros antepasados, queremos dominar las fuerzas de la naturaleza, imponernos sobre nuestros semejantes y conseguir los mejores beneficios. Podremos –como dice Freud, espantarnos ante el incesto o el asesinato, pero nos permitimos la avaricia, consentimos la agresión e imponemos nuestro egoísmo sexual. Mientras una sanción externa no nos lo impida somos mentirosos y maledicentes. Pero como el poder hacer todas esas cosas se debe a un artificio del yo –quien no tiene más remedio que consentir que ‘sus muertos se levanten’, es prácticamente imposible que el poder no arrastre vestigios de la sepultura. La ambición de poder delata la privación de elementos formales que lo pulsional conlleva. En su lugar, la perentoriedad que caracteriza el modelo de descarga del más allá, y la indiferencia al principio de placer/displacer al cuál –siéndole ajeno- desconoce por completo, son los rasgos que la caracterizan.

En la hipótesis desarrollada, el poder responde a una compulsión interna cuyos designios estarían dictados por los arquetipos inconcientes. Las represiones impuestas por la cultura nunca son suficientemente eficaces para contrarrestar dicha atracción, entendiéndose como neurosis el malestar que causa la obligación de renunciar a lo pulsional. Pero a pesar de que la neurosis presume de tenerlas aparentemente contenidas, la apetencia por el incesto propiamente dicho y el afán canibalístico

–aunque aparentemente desnaturalizados- encuentran expresión en la forma en que la mayoría de las instituciones facultan la utilidad que brinda la endogamia. Pero ni aún así, el resorte de todas las actividades humanas –que es alcanzar dos metas confluyentes, la utilidad y la ganancia de placer- se ve recompensado.

Parecería que no hubiera remedio pero siempre resta el camino de la insensibilización progresiva y el abandono de las expectativas, modos más groseros o más finos de narcosis. Y es que las frustraciones son capaces de engendrar un alucinógeno privilegiado que imposta una realidad vivencial: la ilusión. “Llamamos ilusión a una creencia cuando en su motivación esfuerza sobre todo el cumplimiento de deseo.” ¡Cuán moderada la pregunta de Freud en cuanto a si “una serie de ilusiones eróticas no enturbiará en nuestra cultura las relaciones entre los sexos”! Hoy en día tenemos un ejemplo de cómo el aspecto tecnológico del desarrollo cultural, está puesto al servicio de la difusión de esas ilusiones sexuales que vende la pornografía. En la intimidad de nuestros consultorios es habitual el hallazgo del predominio de fundamentos pornográficos, es decir masturbatorios, en el análisis de las relaciones entre los sexos. Reparemos entonces en el valor de consuelo que traslucen estas técnicas humanas: las modas nos uniforman protegiendo al individuo acomplejado, las profesiones acrisolan personajes que terminan egulléndose al hombre, sustituyéndolo como un doble siniestro, los deportes y las artes crean ídolos cuyo destino casi seguro es la inmolación sacrificial. Quizás sean estos últimos los mártires más estafados por las cuentas de colores que trafica nuestra cultura.

*H*ombre que no puede, hombre que se vuelve loco. O se extraña de la realidad efectiva contradiciéndola, o la ‘retoca’ y ‘acomoda’ valiéndose de la técnica del soñar o de sustancias protésicas que le prometen aliviar la vivencia de frustración. La naturaleza y sus semejantes confrontan al

hombre con su sentimiento de inferioridad. Lo 'natural originario' son las personas que formaron su primer contorno: "...con ellas aprendió que el camino para influirlas era establecer una relación con ellas. Por eso después, con idéntica finalidad, trata de igual manera a todo lo otro que le sale al paso." "Resulta así" –dice Freud- "connatural al ser humano personificar todo lo que pretende conseguir, a fin de gobernarlo después..." A esto se debe que la remodelación de la naturaleza siga el prototipo de la personificación: a un elemento de la naturaleza, un dios. Queda expedito el camino de la influencia: las técnicas religiosas producto de su pensamiento, acudirán en auxilio del hombre para seducir a los dioses y ponerlos de su parte. En paz con Dios, todavía le resta el problema del vínculo con sus semejantes. En consecuencia, si le es posible los subyuga asegurándose de su total dependencia. Si no, opta por destruirlos. Pero si esta técnica encuentra una oposición firme en la estatura y cantidad de sus adversarios, al hombre le queda todavía una carta en la manga: idealizar al semejante y entregarse a su adoración.

*H*emos esbozado así un sucinto panorama del hombre oprimido por la especie, su búsqueda de resarcimiento en el poder, su renegación a la impotencia y los recursos tanto reales como ilusorios para evitarla, y la creación, a imagen y semejanza del Cosmos, de un orden compulsivo –la cultura- destinado a aprovechar mejor la vida y a preservar sus fuerzas psíquicas. Pero también hemos señalado que el orden impuesto por lo social que promete ahorrar vacilación y dudas en todos los casos idénticos, resulta el caldo de cultivo del retorno del criminal sepultado. Al igual que la compulsión de repetición, la cultura ejerce la atracción de los arquetipos inconcientes reprimidos. Esclavo de los inescrutables designios de sus antiguos yoes muertos en el ello pero vivos en los impulsos que decretan su neurosis, el hombre nunca termina sabiendo si lo mejor es evitar el displacer a cualquier costo, o acometer la búsqueda de la dicha sabiendo

que la misma no existe sino como estado pasajero y por un sistema de contraste.

BIBLIOGRAFIA

Freud, S. *Obras Completas*, Amorrortu e.

(1918[1914]) “De la historia de una neurosis infantil: el ‘hombre de los lobos’”

(1923) “El yo y el ello”

(1925) “La negación”

(1927) “El porvenir de una ilusión”

(1930 [30]) “El malestar en la cultura”

Giménez Noble, Félix

(2005) *La Peste de Tebas*, IX, 33 “La máscara del muerto”

(2007) *La Peste de Tebas*, XI, 38 “Diálogo con Jaime Szpilka”

RESUMEN

Este ensayo acerca de los orígenes de la necesidad humana de poder dirige la atención hacia el papel que cumplen las investiduras en el marco de la teoría pulsional desde el punto de vista adoptado por el psicoanálisis a partir de la remodelación propuesta por Freud en su segunda tópica. A punto de partida de las necesidades del ello, contempla tanto los derroteros y ocupaciones pulsionales, como las consecuencias de la pérdida de sostén que implica la ausencia del objeto y la hipertrofia de pulsiones carentes de los procesos de fijación. También esboza argumentos tendientes a conjeturar los modos de influjo de los yoes de la filogenia sobre la conducta humana de apoderamiento.

DESCRIPTORES

Ello, yoes, necesidad, investidura.